

52/2



AÑO VI.—NUM. 275

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 16 de agosto de 1934

## UN PERRO CON SUERTE...





# AMENIDADES EL ORADOR INDESEABLE PASATIEMPOS

He aquí a la nena de 11 años, Pepita Martínez Camacho, que, con gracia y arte personalísimos, encarnó maravillosamente el tipo de Teresa niña traviesa,



en las emisiones radiofónicas que JEROMIN ha celebrado en Granada, emisiones que animó con su simpatía esta pequeña gran artista.

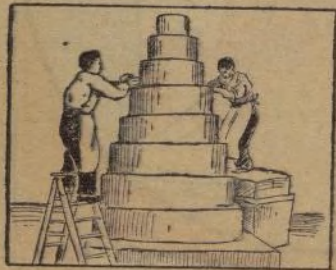


—¿Por qué será el viento más frío en invierno que en verano?  
—Porque en invierno nadie le deja entrar en casa y tiene que quedarse en la calle.

También, en las emisiones de Radio Granada, prestó su concurso a JEROMIN la excelente tiple señorita Angustias Fran-



co, contribuyendo poderosamente al éxito magnífico alcanzado con la radiación de los cuentos líricos infantiles.



La tarta más gigantesca, hecha en Inglaterra y consumida en un banquete no hace mucho, pesaba exactamente una tonelada. Cuando la presentaron en la mesa, los comensales entonaron una canción que comenzaba así: "¿Estamos desalentados? ¡No!"



—Vengo muy enfadada: estas medias no sirven para mis piernas.

—Perdone la señora. ¿No serán sus piernas las que no sirven para mis medias?



Carretilla era un mago de la palabra. Cuando la cogía no la soltaba ni con polvorones. Su debilidad era hablar y hablar sin descanso. Era también la debilidad de los que le oían, qué digo la debilidad, la anemia, porque es que Carretilla daba más voces que una película sin-

cronizada de la guerra europea. El orador llegó a hacerse francamente indeseable; llegó a ser el martirio de la ciudad atormentada por las oraciones y las frases del contumaz sacamuelas. Hasta que la autoridad se decidió a concluir con aquel acceso de verborrea y conminó a



Carretilla amenazándole con que le condenaría a cadena perpetua si volvía a dar algún mitin en la vía pública y en su pública vía. Pero sí, sí. ¿Vosotros habéis visto el caso que hacen las mariposas de los higos chumbos? Pues el mismo o parecido hizo Carretilla, que se saltaba a la torera las ordenanzas y las órdenes municipales.

Pero su primer mitin fué interrumpido por un agente de la autoridad consciente de sus deberes. El urbano intentó hacerle bajar de la tribuna improvisada; pero que si quieres arroz, Carretilla. Nuestro hombre continuó aferrado al árbol. El munícipe llamó en su auxilio a un compañero; inútil. Carretilla tenía más fuerza que una



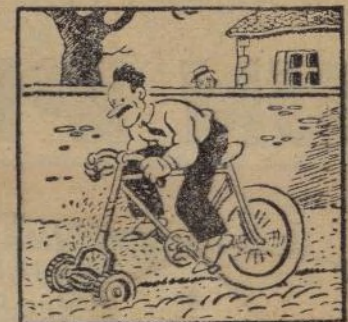
gaseosa recién destapada. Acudieron guardias, después más guardias, luego más guardias; como si no. A Carretilla no había quien le apease. Y lo peor del caso es que seguía hablando como si tal cosa. El jefe de Policía urbana tuvo que intervenir. Y como lo que no se conseguía es que Carretilla abandonase la tribuna, el jefe

hombre listo, se hizo la siguiente reflexión: "Si la montaña no viene a mí yo llegaré a la montaña". Y cargaron con tribuna y toda la pesca camino de la Comisaría. Una semana después, en los calabozos no quedaba una rata. A todas las había espantado la incesante palabrería del orador indeseable.

Allá va Bimbete embalado detrás de la liebre y dispuesto a tragársela por las buenas. Fran-



cisco Cáceres, de 11 añitos y madrileño, es quien nos remite esta monería de dibujo.



El campeón ciclista siega la hierba de su jardín.



Y, García es un pequeño jerominista que dibuja muy bien. Lo podéis apreciar en esta calle de un pueblo, que nos remite, y que nos complacemos en publicar para estímulo de dibujantes.

## CLUB "BOMBÓN"

Socios fundadores y primera Junta directiva:

Presidente, Bombón. Secretario, Pilín. Tesorero, Lucero.

Domicilio Social: Castelar, 14, hotel. (Madrid Moderno.) Teléfono 53.389

## NUESTRO SALUDO

¡Sed bien llegados al dulce Club Bombón! Desde él podréis ayudarnos a conquistar innumerables cosas buenas, que son nuestros sueños dorados: juguetes, chocolatinas, caramelos y otros objetos verdaderamente inquietantes; balones de fútbol, pelotas, bicicletas, patinetas, y, ¡ay!, hasta alguno que otro automóvil miniatura.

Todo eso lo podréis conseguir si cada uno de vosotros pone entusiasmo en coleccionar nuestras aventuras. Para ello, bastará que, cuando tengáis una perra gorda, os acordéis de los Aparatos Automáticos por los que circulamos en cantidades extraordinarias. Y si no tenéis la perra gorda, pedídsela a vuestros papás, porque también para ellos hay grandes regalos en esos aparatos automáticos, como: entradas de "cines", teatros, premios por valor de 5, 3 y 2 pesetas, de fotografías, etcétera.

Esos aparatos, expendedores de riquísimos caramelos americanos, los encontraréis en todas las estaciones del "metro", en los principales kioscos de periódicos, en muchos bares, tiendas de ultramarinos, lecherías, etcétera, etc., y en todos ellos estamos Bombón, Pilín y Lucero, esperando que nuestros queridos amiguitos nos saquen a la calle para contarles los más asombrosos sucesos de aquellas aventuras.

(Continuará)

DOÑA GANSA



FIN

## CINEMA Jeromin



GATO FELIX



FIN

Los niños que vayan guardando esta serie de dibujos, llegarán a reunir un precioso y divertido surtido de "películas" que les harán pasar muy buenos ratos a ellos y a sus amiguitos. Ya sabéis el modo de "proyectar" con el "Cine Jeromin". Recortad las películas por la línea de

puntos, pegándolas luego en una cartulina; en la pantalla abris dos rajitas por donde indican las rayas, y ya no hay sino "rodar" la película. ...Iluminando las figuras en colores, el efecto es precioso.





## LAS BARBAS VERDES



Ali Ben Abú era un opulento mercader de Mascate y poseía el más rico bazar de la ciudad.

De todos sus almacenes, uno sólo permanecía siempre cerrado, sin que nadie supiera lo que contenía; y cuando alguien le preguntaba sobre aquel misterio, respondía invariablemente: "Sólo mi hijo Ismael podrá penetrar en él después que yo muera".

Y llegó el momento en que Ali Ben Abú, cargado de años, enfermó de suma gravedad y llegó a las puertas de la muerte. En aquel trance, llamó a su hijo y le habló de esta manera: "Hijo mío. Te entrego la llave del almacén misterioso; en él hallarás preciosas mercancías. Te dejo inmensas riquezas allegadas en el curso de una vida honrada y laboriosa. Haz tú lo mismo y serás apreciado de todos. Pero debo darte dos consejos. No viajes nunca por



mar, ¡y no trates con hombres que tengan la barba verde!"

Ismael temió que su padre comenzaba ya a desvariar por efecto de la enfermedad; pero el anciano, sospechándolo sin duda, añadió: "El mar es traidor! La fortuna que te dejó te permitirá vivir sin necesidad de embarcarte jamás... Los hombres de las barbas verdes son más traidores que el mar. ¡Desconfía de ellos! ¡Prométeme que cumplirás estos mis dos últimos deseos!"

Padre mío—replicó Ismael—. ¿Dónde han existido jamás hombres con barbas verdes?

—¡Oh! Existen, ciertamente. Ellos han sido mis más perniciosos enemigos. Por su causa estuve muchas veces en peligro de arruinarme. La mercancía que hallarás en el almacén misterioso la he ido acumulando para quitarla del mercado y privar de ella a esos ladrones, en la seguridad de que esta es mi mejor venganza. Tú no la venderás sino a peso de oro. ¡Prométemelo!

Ismael se arrodilló sollozando, y lo prometió. Y el pobre viejo, repitiendo una y otra vez estas palabras: "¡El mar! ¡Las barbas verdes!", expiró.

Al quedarse solo en el mundo, Ismael abrió el almacén misterioso. Lo encontró lleno de maderas de una especie desconocida, apiladas en montones que llegaban al techo. Y pensó: "Es imposible que yo pueda vender esta madera a peso de oro; y puesto que mi padre la quiso retirar del comercio, la quemaré y así podré disponer del local que ocupa."

Mientras sus criados estaban sacando del almacén la madera, acertó a pasar por allí un derviche; Ismael le saludó con respeto. El derviche le preguntó: "¿Qué haces con esa madera tan preciosa?"

—Estoy desocupando el local, y luego la quemaré.

—¿Quemarla, dices? ¡Tú estás loco! ¿No sabes que puedes venderla a peso de oro?



—Eso me dijo también mi padre. Pero, ¿quién la querrá comprar?

—Los mercaderes de Edom, una isla que se halla en los mares del Sur.

—En tal caso, como si no existieran, porque he prometido a mi padre no viajar por mar.

—¡Oh! ¡Estás loco, ciertamente! ¿Cómo un mercader como tú puede renunciar a viajar por mar? Tu padre te trataba sin duda como a un niño; ¡Ea! Llévate esa madera a Edom y nadarás en oro.

Aquel derviche poseía un poder subyugador en sus palabras y miradas, y el joven Ismael cedió, rendido contra sus mismos sentimientos. Así fué que fletó un barco, cargó en él la preciosa mercancía, y se hizo a la mar con rumbo a la isla de Edom.

Levada el ancla, la embarcación abandonaba ya el puerto, cuando Ismael, al volver la vista hacia la tierra, desde donde el derviche le despedía con ceremoniosos saludos, creyó distinguir unos vivos



reflejos verdes en la lengua barba del santón. El recuerdo de su padre y de sus últimos consejos hirió su corazón como aguda flecha. Hubiera querido vivir en redondo; pero ya era tarde. Las corrientes y un viento poderoso arrastraron al barco mar adentro irresistiblemente. (Continuará)

## LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Polo, Boston y Rafa, solícitamente atendidos por los marinos del velero, recobraron pronto el conocimiento, mirando con asombro a los salvadores, a los que se apresuraron a dar las gracias efusivamente.

Comprendiendo que por fortuna habían caído entre gentes honradas, esperaron la llegada del capitán del barco, a



confiaros una misión delicadísima y peligrosa, que espero llevéis a cabo. Escuchad: Vamos a desembarcar en San Francisco; en esta ciudad existe una poderosa asociación de criminales, a las órdenes de un chino llamado Wu-chum. Esta banda se dedica al contrabando y a los secuestros, y tiene ramificaciones en toda Europa. Uno de sus secuaces



creo que de vosotros no ha de sospechar. Vuestra misión es llevar a mister Blacke la carta. ¿Aceptáis?

Sin titubeos, los tres camaradas contestaron afirmativamente. Entonces el marino sacó un sobre abultado, que Polo guardó en el pecho. Luego, el capitán entregó a cada uno dos billetes de cincuenta dólares, y a Polo y a Rafa un pequeño revólver.



quien narraron con todo detalle sus aventuras. El buen hombre les destinó un confortable camarote, y durante varias semanas el velero navegó felizmente, sin que ocurriese nada digno de mención. A los veinte días de travesía, el capitán les llamó a su camarote y solemnemente les dijo:

"Tengo confianza en vosotros, y voy a



cayó en poder de la policía particular de Londres y su jefe, que es hermano mío, me dió una carta que contiene todas las instrucciones, planes y proyectos de los asesinos de Wu-chum. La carta tiene que llegar a manos de mister Blacke, agente secreto de la policía de San Francisco. Yo me temo que Wu-chum tenga espías en el muelle, pero



En aquel momento asomó la cabeza un marinero: "Capitán. ¡Tenemos a San Francisco a la vista!" El capitán miró a los tres aventureros. Ni un solo músculo de su rostro se había alterado; ya estaban cortados a las emociones y a los peligros.

El capitán pareció respirar con alivio. Su secreto había caído en buenas manos. (Continuará)



Erase un ilusionista que tenía mucha vista.



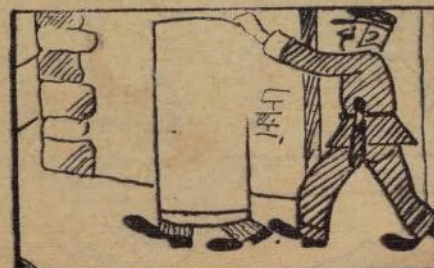
Le seguía un guardia fiero por robar a un caballero.



Aquí bajo, y aquí subo, se escondió dentro del tubo.



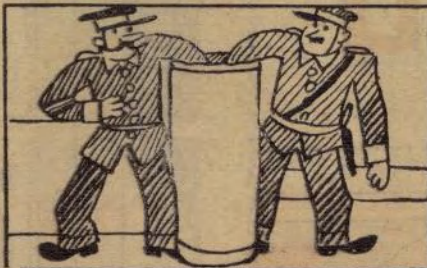
Pero el guarda no era tonto y lo descubrió bien pronto.



Y le cazó, por su mal, de esta forma original.



Llegó sin gran dilación con él a la prevención.



Y cuando quiso optimista ver la cara al transformista.



Vió confuso y admirado que se había evaporado.



# CASCARILLA ES UNA ARDILLA



A Cascarilla se le da de primera su nueva industria de fotógrafo ambulante. Se le ha presentado una cliente



ideal, una birria de señora que quiere que le haga una "foto". La señora adopta una postura interesante.



"¡Quieta un momento!"—grita Cascarilla, y, ¡zas!, dispara la máquina. Ya está. Pero la tragedia vino des-



pués. Y fué porque en el momento de disparar Cascarilla, la señora se agachó a coger su sombrilla, y... ya veis.



Laura se hizo tan francamente insoportable que, pasando de mano en mano, fué a caer en las de su primitivo dueño, el gran don Fielato.



Aquello le sentó al pobre peor que si le pisan un callo del menique, y, efectivamente, por la noche comenzó a oír un run run run



Esa cotorra maldita ya ha llegado a casa y comienza a hacerse insoportable. Voy a cogerla y estrangularla para que se calle de una vez.



Y al llegar ante la cotorra, ésta le dijo: "Pero don Fielato, que no ero yo la que escandalizo. Se lo juro por la salud de mi cola que no ero.

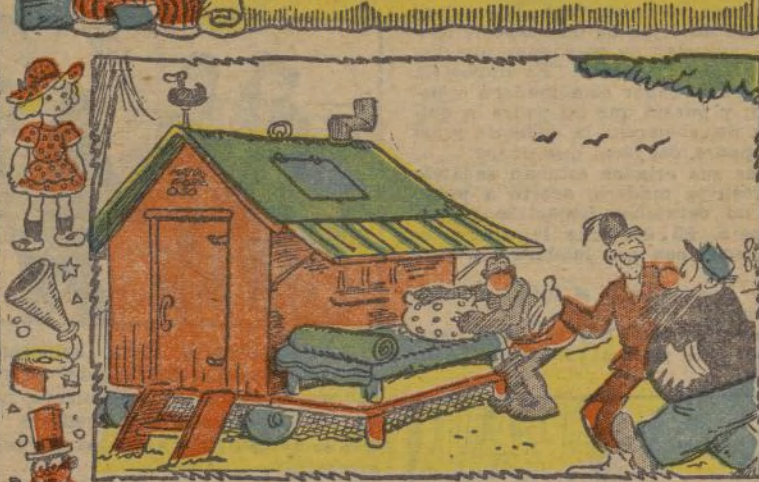


"¿Cómo que no?" "Como que no, señor. Que un día se va a hundir la Telefónica y me van a echar a mí la culpa".



Y entró en el gabinete, sorprendiendo a doña Fielato, que era la autora del run, run. ¿La mató? Lo veréis en el número próximo.

# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Pérez Oso consiguió hacerse con su aeronave, pero no pudo atrapar a los pilluelos, que escaparon más velozes que el "Gallo" cuando le mira un berrendo. Para que el pobre descansara, invitó al capitán a que se echase un ratito.



Y, segundos después, Terre Moto tenía el inmenso placer de redoblar en los presentes de indicativos de los pilluelos, con más garbo que el tambor mayor de la Banda Municipal, mientras los hermanitos abrían unas bocas como espueñas.



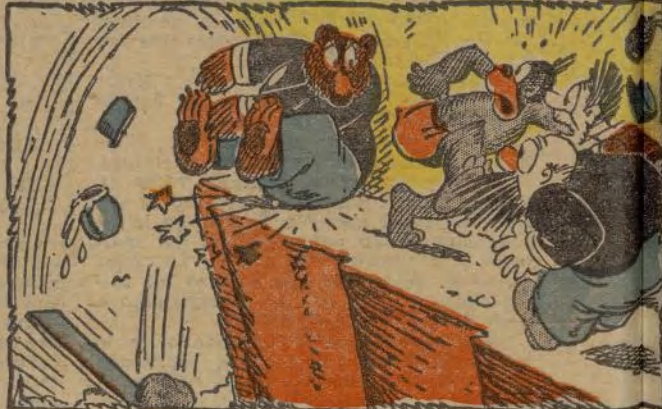
Y Tizón, que tenía golpes como para asesinarle, se dispuso a capturar a lo que ellos creían los pilluelos. "Prepárese usted de nuevo a sacudirles estopa de lo lindo, capitán"—murmuró Pérez Oso, a quien le agradaban los morrones.



Y cuando, en unión de su criado, se disponía preparar los viveres para cierta excursión, viem, con asombro, que aparecía el capitán andando rezosamente. "¿Pero por qué no sigue usted asatado, capitán?"—le dijo el inventor.



—¿Creéis vosotros, amados niños y niñas, ó venes y adultos que seguís estas aventuras, que carmentaron por eso Tarugo y Perdígón? Pues no, señor; no escarmentaron, y al momento se les ocurrió vengarse de la zurripanda.



Y, efectivamente, el plan salió como los hermanitos habían pensado, y el oso, muy molesto porque le hubieran interrumpido, aparecía en la senda, y al ver a sus enemigos, lanzó una horrible carcajada, pues los osos también se carcajean.



Y el capitán, sin responder, comenzó a meterle mano al saco de los viveres. Sin embargo, a Pérez Oso y Tizón comenzó a escamarles ciertos movimientos sospechosos del capitán, y, dirigiendo la visual a la cama, vió en ella al marino.



Y, yendo en busca de su amigo el oso, le disfrazaron asimismo de Terre Moto, dándole, para que se estuviera quieto, un puchero lleno de higados de mosquito viudo, que eran la debilidad comestible y nutritiva del buen oso.



Y quince quintos de segundo más tarde, la fiera se había hinchado a repartir candela a los tres compinches excursionistas, que no tuvieron más recurso que lanzarse al agua patos para salvar el pellejo, ya muy averiado por el oso.



Y Tizón, que, por su parte, ya estaba un tanto "mosca", agarró fuertemente al falso Terre Moto y... se quedó con Tarugo en las manos, mientras Pérez etcétera se quedaba con Perdígón, pues eran ellos, disfrazados.



Y cuando los tres compinches caminaban por la ruta de su excursión, el "moreno" les hizo ver al falso Terre Moto. "Esos niños, además de ser unos cabezotas, son tontos. ¿Creerán que van a engañarnos?"—comentó, regocijado.



Mientras que éste, en unión de Tarugo y Perdígón, se daban una panzada "a modo" con los viveres de los excursionistas, que abajo bramaban de furor. Tarugo y Perdígón triunfaban ahora. ¡Ay! ¿Sería por mucho tiempo? Ya veremos.

# REPOLLO CARA DE BOLLO



"¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Bandido! ¡Miserable, suelta ese reloj que acabas de robar! ¡A ése! ¡A ése!"



¡A éseeee! ¡Ah, bandido, follón, malandrín y robarrelojes! Ya te he "guipado" donde te has escondido.



Ahora vés a saber quién es Repollo, "as" de los detectives y de los tios con chaleco. Lo taparé, bien tapadito, y



a casa con él. De esta hecha me suben el sueldo. ¡Como que el que a mí me la dé! ¡Soy un tio listo! ¡Olé!"

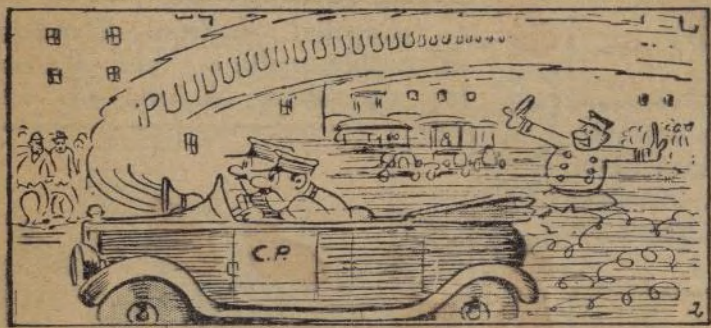
# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Don Simplón, frenético, desesperado, tembloroso, horripilado, jadeante y angustiado, conmovido, enloquecido, aplanado y colorido. Llamó a la Policía pidiendo protección para Feote.



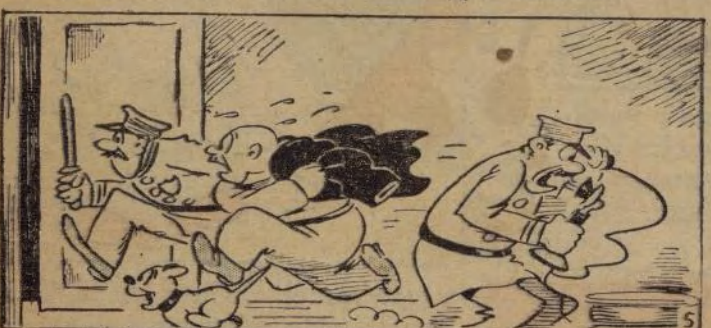
Rápidos como el rayo de las tormentas veraniegas, partieron dos policías en dirección al domicilio de don Simplón, dispuestos a partirse una clavícula por servirle.



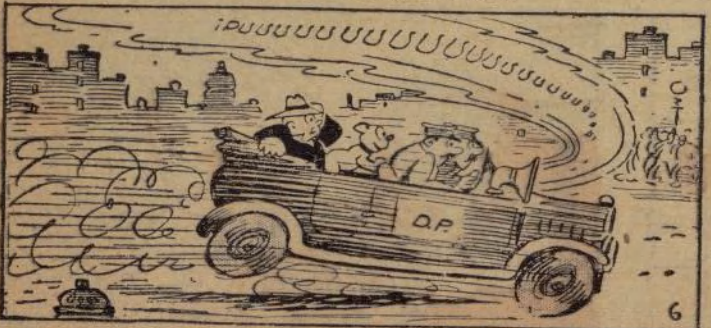
—Han robado a Feote, a la gloria de la ciudad, al astro más astro del "Cinema"—gemía el consternado Simplón, así que pudo verse cara a cara con los heroicos policías.



Los heroicos policías se convencieron por sus propios ojos del suceso. Se convencieron un poco tarde, porque eran míopes. Pero se convencieron. ¡Ay, cielo santo! ¡Qué catástrofe!



E inmediatamente comenzaron a circular órdenes desesperadas, dando cuenta del robo de Feote, del secuestro de aquella preciosidad del perro, divo de divos, astro de astros.



El mismo don Simplón decidió tomar parte en la busca y captura, y salió en el coche de los heroicos policías, dispuesto a recuperar su perro y castigar al dúo "Toma" y "Dale". (Continuará)

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

### CAPITULO III

#### En seguro refugio

Junto al hogar de una modesta alquería del centro de Francia hallábase reunida cerca del anochecer la familia que la ocupa. La madre, una honrada campesina de cuarenta años, una hija de dieciocho, un hijo de dieciséis, el valiente Emilio, aplicado y trabajador, y una pequeña niña de trece abríles. El padre se hallaba ausente de su hogar. Es el buen Miguel, que, como sabemos, acompaña al marqués de Latour en su evasión camino de Viena.

Con la familia, contado como uno de los hijos y tratado como tal, veremos a otro niño de quin-



alquería. Las escasas palabras que se pronuncian se dicen en voz baja, como si se temiera que el viento las hubiera de llevar a oídos de espías. Y, sin embargo, no pueden ser más inocentes. La madre de familia, la ejemplar Inés, estaba acabando de coser a toda prisa una casaca de guardia nacional para un revolucionario del lugar; Emilin teje redes, que luego venderá para ayudar a sus padres; Pablo lee y estudia en algunos libros que ha podido salvar y Rosita hace encaje de bolillos. Los pensamientos y palabras de todos son para los seres queridos, ausentes y perseguidos.

De pronto el silencio fué interrumpido por unos golpes estrepitosos que sonaron en la puerta exterior de la alquería. Estremeciéronse todos y Pa-



blo corrió a esconderse en su reducido aposento, un estrecho hueco practicado en el espesor de los muros, y disimulado por un tablero vertical que podía subirse y bajarse perpendicularmente, y por otro tablero horizontal que servía de aparador a los cacharros de la cocina.

Emilio, que había ido a abrir la puerta, volvió a poco acompañado de un individuo de unos cincuenta años, bravucón y revolucionario rabioso. Era el ciudadano Dupréz, que venía en busca de su uniforme, para estrenarlo en la revista del día siguiente.

Mientras Inés acababa de dar los últimos toques a las prendas, el ciudadano Dupréz se despañó a su gusto, pintando con rojas pinceladas las es-

ce años. Aunque vestido con modestas prendas de campesino, en sus facciones se adivina cierto aire de nobleza y de anterior vida regalada. Es Pablo, nieto del marqués de Latour e hijo del conde de Clermont. Por hallarse ausente de su palacio cuando fué invadido por los revolucionarios, se ve hoy libre y olvidado de ellos, acogido en casa de aquellos fieles colonos de su abuelo, que debían cuanto poseían a la generosidad del marqués.

Ignora la suerte que hayan podido correr su padre y sus tres hermanos mayores, y todo su afán se cifra en poder marchar a París para adquirir noticias de los suyos y quien sabe si para intentar algo en su favor.

Un silencio temeroso domina en el hogar de la

blo corrió a esconderse en su reducido aposento, un estrecho hueco practicado en el espesor de los muros, y disimulado por un tablero vertical que podía subirse y bajarse perpendicularmente, y por otro tablero horizontal que servía de aparador a los cacharros de la cocina.

Emilio, que había ido a abrir la puerta, volvió a poco acompañado de un individuo de unos cincuenta años, bravucón y revolucionario rabioso. Era el ciudadano Dupréz, que venía en busca de su uniforme, para estrenarlo en la revista del día siguiente.

Mientras Inés acababa de dar los últimos toques a las prendas, el ciudadano Dupréz se despañó a su gusto, pintando con rojas pinceladas las es-

## PASATIEMPOS

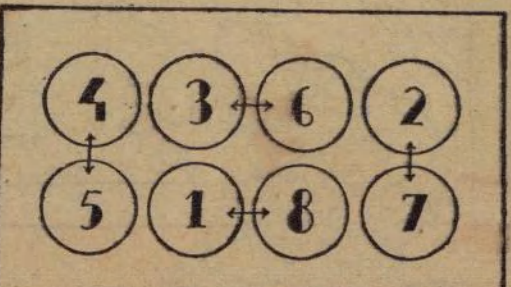


Con las iniciales de los nombres de estos objetos, formad el nombre de un dramaturgo español.

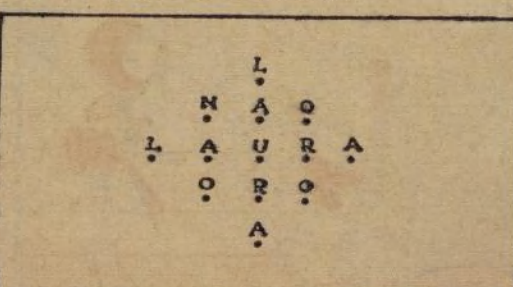


Uniendo con rectas los puntos, por orden correlativo, aparece un gracioso dibujo.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Así se unen los círculos, dos a dos, de modo que las cifras de cada pareja den la misma suma.



Véase cómo se sustituyen los puntos por letras, para que se cumplan las condiciones dadas.



## EL GAITERO



Al gaitero Resoplido, de tanto soplar se le agotaron las fuerzas y no podía hacer honor a su



nombre. El misero sentóse muy triste a llorar su dolor y su ruina, pues sin gaita no podía ganarse la vida, y morir de



hambre era una gaita. Pero ante la vista de un fuelle de cocina, le nació una idea salvadora, y con arte y maña consiguió aco-



piar el fuelle a la gaita, fabricándose una fragua musical que era un prodigio de resistencia y de vigor.

## VERDADES Y MENTIRAS

### Un rasgo de magnanimidad

Pericles fué un gran gobernante de la Grecia antigua. Embelleció la ciudad de Atenas y procuró inculcar en los ánimos de sus compatriotas grandes y elevados pensamientos.

Estas ideas grandes las pre-



dicaba también con su ejemplo. Una noche, después de haber estado trabajando todo el día en servicio del Estado, regresaba a su casa acompañado, a través de las oscuras calles, por siervos con antorchas encendidas. Por el camino le fué siguiendo un ciudadano, que tenía algún rencor contra él, y le fué colmando de injurias. Cuando llegó a su casa, Pericles se detuvo, y dirigiéndose a sus siervos, les dijo con toda naturalidad: —La noche está muy oscura. Nuestro amigo no podrá hallar fácilmente el camino de su casa. Acompañadle con las antorchas.

### Un sabio distraído

El célebre sabio Pasteur, que tanto bien ha hecho a la humanidad con sus profundos estudios sobre la existencia de los

microbios, estaba un día comiendo con algunos amigos y hablaba precisamente de sus recientes descubrimientos y de sus grandes esperanzas.

A los postres, sacaron a la mesa una magnífica canastilla de uva. Pasteur cogió un grano y lo enseñó a los convidados. —Ved, amigos. Sobre la piel de este grano anidan millares de microbios peligrosísimos para nuestra vida.

Y fué lavando la uva, grano por grano, en un vaso de agua, y luego secándolos pacientemente uno por uno con la servilleta.

Y entre tanto continuaba su disertación sobre los microbios.

De pronto, ¿sabéis lo que hizo el famoso sabio, en medio del pasmo de todos sus comensales? ¡Pues que cogió el vaso en el que había lavado la uva, y en



el colmo de su distracción, se lo bebió de un trago!

### Un soldado misericordioso

Martín era un caballero que militaba en el ejército romano de las Galias en el siglo IV. Aunque, como a todo jefe militar se le ofrecían abundantes

ocasiones de enriquecerse, vivió con gran modestia, procurando ayudar a todos aquellos cuyas necesidades eran mayores que las suyas.

Una helada mañana de invierno, al salir por las puertas de



la ciudad, encontró a un mendigo harapiento que, temblando de frío, pedía limosna a cuantos pasaban. El caballero desmontó su caballo, desenvainó su espada, y quitándose su rico manto de lana lo dividió en dos partes; entregando una de ellas al menesteroso, y abrigándose con la otra, picó espuelas a su cabalgadura y se alejó.

Algunos de los que presenciaron este acto de caridad se rieron despectivamente; pero una antigua leyenda cuenta que aquella noche el soldado tuvo la visión de un coro de ángeles que rodeaban a Jesús que estaba vestido con la mitad de la capa dada de limosna, y que, enseñándola, decía a sus acompañantes: —Me la ha dado Martín.

Aquel soldado es glorificado hoy por la Iglesia con el título de santo: San Martín.

## EL CEPO



Temblaera era un cazador furtivo que se saltaba a la torera los avisos y las prohibiciones. Para él, el mundo era un in-



menso coto de caza, y todo lo tenía por suyo. Había una liebre que, a pesar de la habilidad de Temblaera, siempre se la daba



con queso, y nuestro hombre, decidido a cogerla, la fué siguiendo sin presagiar que aquella liebre iba a ser su perdi-



ción, pues era una liebre amaestrada que tenían los guardas; y en efecto, Temblaera cayó en el cepo, resultando el cazador cazado.

## UN COLUMPIO ORIGINAL



Pinito era una bestia, y cuando se le antojaba una cosa tenía que dársela en seguida, pues se ponía que ni que le fuera a darle un ataque. Aquella tarde se le antojó columpiarse, y su her-



mano Tono, que era más bueno que una torta de Alcázar, ideó un medio de columpiar al bestia de su hermanito, gracias al originalísimo columpio que podéis ver. Menos mal que a Pi-



nito no se le antojaba el subir a la estratosfera en motocicleta, o atravesar el Atlántico en un armario de luna. La mamá de los niños felicitó a Tono por lo ingenioso de su idea.

## LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

### CAPITULO CUARTO

(Continuación.)

Algunos historiadores nos han querido hacer creer que hay otros Imperios, Reinos y Estados en el mundo, habitados por criaturas humanas tan gigantes como vos, pero nuestros filósofos lo dudan mucho, y más bien se inclinan a la conjetura de que habréis caído de la luna o de alguna estrella, porque si no, un solo ciento de mortales de vuestra corpulencia bastaría para consumir en muy corto tiempo todos los frutos y carnes del Estado. Por otro concepto, nuestros historiadores de seis mil lunas a esta parte no hacen mención de otras regiones, que de los dos grandes Imperios de Liliput y Blefuscu. Estas dos formidables potencias, como os iba diciendo, hace treinta y seis lunas que están empeñadas en una guerra tenaz: ahora sabréis su "interés". Todo el mundo conviene en que el primitivo modo de romper un huevo, para comerle, es por el extremo más grueso; pero el abuelo de Su Majestad reinante, siendo muchacho, iba a comer uno, y tuvo la desgracia de cortarse un dedo, con cuyo motivo el Emperador su padre expidió un decreto imponiendo graves penas a cualquiera de sus vasallos que no rompiera los huevos por la punta. El pueblo se irritó tanto de esta ley, que nuestros historiadores refieren que hubo en aquella ocasión seis rebeliones, en

las cuales un Emperador perdió la vida y otro la Corona. Estas desavenencias intestinas fueron siempre fomentadas por los Soberanos de Blefuscu, y cuando estuvieron reprimidas, los sublevados se refugiaron en aquel Imperio. Calculan el número de rebeldes en once

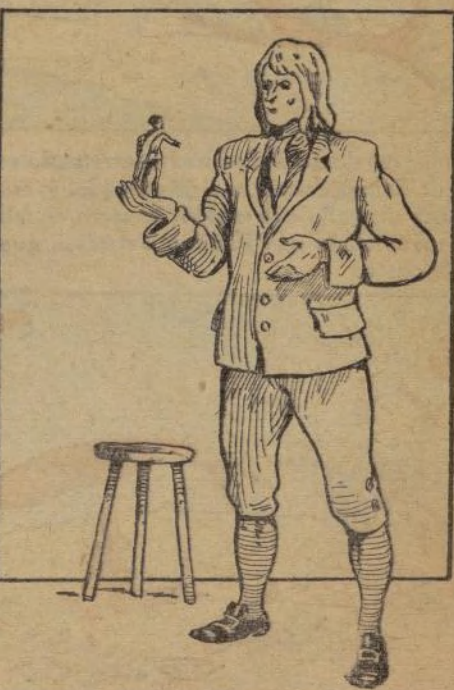


mil hombres, que en diversas ocasiones prefirieron la muerte a la dura ley de romper los huevos por la punta. Centenares de abultados volúmenes se han escrito y publicado en la materia; pero la Apología de los Gruesi-extremistas se prohibió mucho tiempo hace, y todo su partido está declarado por las leyes in-

hábil de obtener empleo ninguno. Durante estas turbaciones continuas, los Emperadores de Blefuscu nos han hecho frecuentes insinuaciones por sus embajadores, acusándonos de delinquentes por violar un precepto fundamental de nuestro gran profeta Lustrogg en el capítulo 54 del Brundecral. Sin embargo, se ha atribuido a interpretación del sentido del texto, cuyas palabras son estas: "que todos los fieles romperán los huevos por el extremo que más les acomode": con que a mi modo de entender, se debe dejar a la conciencia de cada uno, que decida cuál es el extremo más a propósito; y en el último caso, solamente a la autoridad del Soberano Magistrado compete la decisión. Más: los Gruesi-extremistas desterrados han hallado tan buena acogida en la Corte del Emperador de Blefuscu, y tanto socorro y apoyo en nuestro mismo país, que sin otro objeto se ha sostenido una guerra muy sangrienta entre los dos Imperios por espacio de treinta y seis lunas, cuyo suceso ha sido vario. En esta guerra hemos perdido cuarenta navíos de línea y mucho mayor número de pequeñas embarcaciones, con treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados, y aseguran que la pérdida del enemigo no ha sido menor; pero aunque así sea, en el día están armando una flota muy formidable, y se preparan a desembarcar en nuestras formidables costas.

Esto supuesto, Su Majestad Imperial, poniendo toda su confianza en vuestro valor, y teniendo una alta idea de vuestras fuerzas, me ha mandado que os dé parte muy por menor de sus negocios, a fin de saber cuáles son vuestras disposiciones con respecto a ellas.

Yo respondí al Secretario que hiciese los más obsequiosos ofrecimientos en mi nombre al Emperador, y le dijese que estaba siempre pronto a sacrificar mi vida en defensa de su sagrada persona y de su Imperio, contra todas las invasio-



nes y empresas de sus enemigos. Concluida mi respuesta, se retiró muy satisfecho de ella.

Fin del capítulo IV





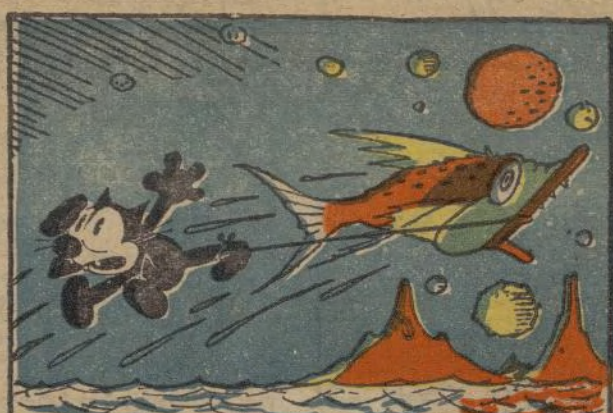
# ANDANAS DE GATO FELIX



Félix quedó encantado al comprobar que había caído en el signo zodiacal de Piscis, pues aparte de que se supuso que allí nada tendría importancia, por aquello de "A mí, Piscis", podía pescar ricos peces para alimentarse.



Y como Félix era un gato más listo que el renombrado y desconocido Cardona, se fabricó un anzuelo, último modelo—qué bonito pareado—, y empleando el rabo como caña se dispuso a pescar, no un miserable besugo, sino a una ballena que se pusiera a tiro.



Pero en Piscis los peces tenían más fuerza que una gaseosa de bolita, y el primero que picó, que era nada menos que un pezote, dió un salto terrible y completamente acuático, saliendo con Félix por los aires a remolque.



Y el pobre gato tripón dió con sus huesos en lo profundo del mar zodiacal, donde había peces de todas clases, tamaños y categorías, ni más ni menos que en un Instituto de Segunda enseñanza, donde tanto abundan los "peces".



Pero, por lo visto, la carne de gato zalamero era muy apreciada en aquellas honduras, porque muy pronto un terrible pez sierra, que más parecía serrucho, le arremetió con la sana intención de hacerse un pito con su peroné.



Pero, "na"; nuestro gato era más castizo que rizarse el pelo con un calzador, y, acordándose de que había sido luchador de "pancrace", le cogió al maestro carpintero aquél una llave de grecorromana, que lo dejó para el arrastre.



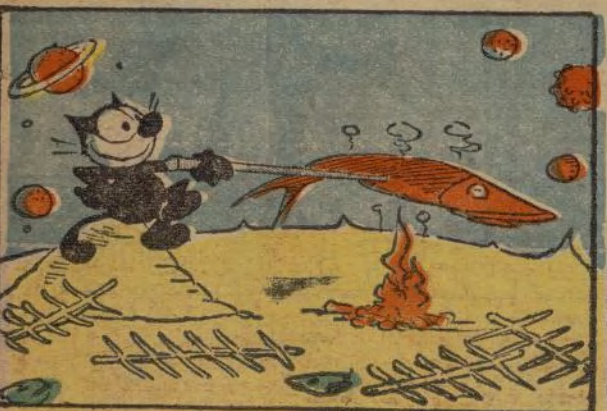
Y, una vez dueño del serrucho, arremetió con más valor que Belmonte contra el pez espada, y, en menos que canta un gallo extremeño, le serró el sable, dejándole más chato que Paulino Uzcudun, que ya es decir de chato.



Y luego, más chulo que si estuviera paseándose por la Puerta del Angel con su querido Bimbo, caló el chambergo, requirió la espada y se lanzó sobre el ejército escamado, que, ídem, eadem de ídem, puso escamas en polvorosa.



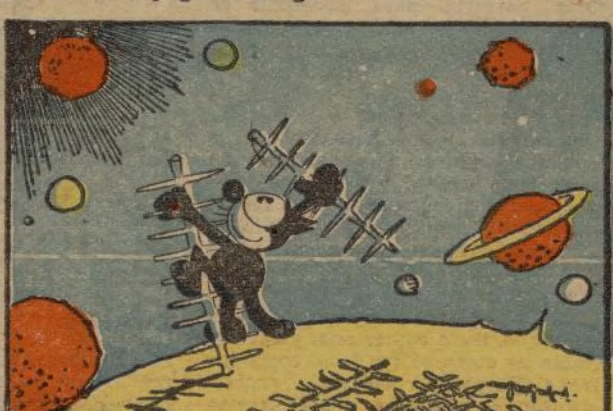
Y diez minutos después, Félix se había hecho el amo del reino de Piscis, y se tragaba los peces del reino con la misma facilidad y el mismo gusto con que os tragáis vosotros una ración de gambas, sobre todo si os la paga un amigo.



Y días y días continuó en aquel bendito planeta el zalamero del gato, dándose cada "jartá" de peces zodiacales que la barriga amenazaba convertirse en un acuario digno del Museo de Historia Natural de Cercedilla.



Pero no todo iba a ser freír y comer salmonetes. Una mañanita apareció en la orilla del mar proceloso —¡vaya frase!— un pulpo con un "carro" de apéndices y exclamó con voz pulposa: "Dentro de cinco minutos te fracturaré una tibia".



Félix comprendió que había concluido su felicidad y que aquello se ponía de un feo subido, y, antes de que pasaran los cinco minutos, comenzó a fabricarse una escala, valiéndose de los esqueletos de los pescados. ¿Conseguiría escapar? ¡Lo veremos!

(Continuará.)